

Los términos del intercambio en tres caminatas



Liv Schulman, A Circle That Rolled Away, vídeo, 33' min, 2024. Cortesía de la artista

1.

La posible comisión de este texto me había sido adelantada por Liv Schulman en los últimos meses del 2023. En aquella ocasión, contribuí con un escrito para una muestra colectiva de su galería en Buenos Aires. En ese texto, intenté no explicar las obras sino encontrar algún artilugio para hablar de ellas desde la escritura misma sin referirme puntualmente a ellas. Volviendo ahora a ese texto, encuentro un párrafo inspirado en uno de sus videos. Una marioneta le dice a un grupo de policías que la idea de identidad es un estorbo. Que lo importante es el flujo de los intercambios. La materia de lo pensante se ubica en los límites del cuerpo. Se trata de una superficie plegada. La marioneta ejemplifica: el mejor modelo para imaginarla es su propio sexo. Tu sexo es una superficie, no importa si es cóncava o convexa. Lo importante es que está diseñada para estar en contacto.

Meses después la invitación se formalizó con un correo electrónico de la Fundación Pernod Ricard. Ofrecían 1500 euros de honorarios y pagar los costos de un viaje que posibilitaría un encuentro entre la artista y la escritora. De inmediato acepté. Me interesaba el trabajo de Liv Schulman, sentía que tenía algo que aprender de su obra. No podría poner en palabras exactamente qué. Tuvimos un encuentro virtual con una persona de la fundación. Por su calendario de actividades, la artista propuso que el encuentro fuera en Buenos Aires ya que

ella iba a grabar un video en la ciudad. La fundación estuvo de acuerdo en que el encuentro sucediera en Buenos Aires y finalmente acepté también, aunque eso me desanimó un poco. El pago del honorario era un estímulo menor que el viaje. Para poder cobrar ese honorario tendría que gestionar la transferencia desde el exterior a la Argentina, lo cual supone enredarme en varios trámites: completar un formulario junto con la factura para entregar al banco. El sistema impositivo argentino no permite generar recibos para personas que no estén registradas en el país. Además, la comisión es variable. Si el trámite se entorpece por alguna razón, lo cuál siempre es probable, el monto transferido es convertido a moneda local bajo el cambio oficial. En Argentina existe una gran diferencia entre el cambio oficial y el ilegal. La transacción, además de consumir mucho tiempo en interminables gestiones, sería ruinosa: los 1500 euros terminarían siendo 750. ¿Cómo puedo explicarle a la fundación, con mis escasas herramientas en inglés o en francés, este vericuetto financiero sin parecer una delincuente? ¿De qué manera no mostrarse exageradamente preocupada por el honorario más que por el proyecto?

Aún así, acepté la comisión. En verdad siento que algo tengo que aprender de la obra de Liv Schulman. Empecé a imaginar otros modos de solucionar el problema. Una posibilidad era pedirle a la fundación que me comprara un pasaje con el dinero destinado a mi honorario. Empecé a pergeñar un plan. Hacía unos meses había tenido un romance con Johanna en Buenos Aires. Ella es una chica trans, al igual que yo, alemana. Se dedica a la Economía Política, trabajó en el Parlamento Alemán. Johanna está pensando en hacer su tesis doctoral sobre el tema de la deuda argentina. Durante unas semanas estuvo en Buenos Aires para presentar su postulación al doctorado. En ese momento nos conocimos. Aún recuerdo muy claramente la suavidad con que hablaba, la cadencia tranquila del ritmo de su voz y los gestos que hacían ondular los mechones de pelo rubio y lacio que se proyectaban hacia sus pómulos generando una delicada transparencia sobre sus ojos verdes. Su comprensión y expresión en español es perfecta. Me maravilló el modo en el que entendía mi modo de hablar, tan característica de la gente de Buenos Aires, esa confusión entre hablar y pensar en voz alta. Pero la decisión de viajar a Berlín, donde ella vive, no es tan sencilla. Luego de llamar su atención y seducirla, empezamos a vernos, pero me sentí extraña. No puedo poner en palabras este sentimiento. En mi mente, Johanna aparecía como un reflejo de mí misma. Las similitudes son obvias pero había algo más que no llegaba a distinguir por completo. Creo que la manera en la que me escuchaba me hacía suponer que, en ella, justamente en sus silencios, anidaba algo tan parecido a mí, pero distinto. En ese juego de espejos mi extrañeza parecía devolverme cierta desaprobación sobre mí propio cuerpo que emerge como la sombra de un interrogante que, imaginé, había superado. Se trata de gestos que desgran en mis reflexiones, de la lectura de sus movimientos cuando teníamos sexo. Viajar específicamente a verla a su ciudad me haría sentir vulnerable, desamparada en un terreno que no domino.

Embrollada en cálculos financieros y administrativos, en las traducciones y errores de mis intercambios afectivos, en el cálculo del riesgo de mis decisiones, vuelvo a las palabras de aquella marioneta del video de Liv Schulman: la identidad es un estorbo, lo importante son las interconexiones. El deseo circula en

2.

Transacciones, negociaciones y pérdidas son métodos recurrentes en la obra de Liv Schulman. En su video *La desaparición* (2013) ella gasta el dinero obtenido por un premio cambiándolo una y otra vez en la triple frontera entre Puerto Iguazú en Argentina, Ciudad del Este, Paraguay y Foz do Iguaçu, Brasil. La acción es literalmente comprar dinero con dinero y, en ese movimiento, se pierde todo. El consumo se torna consumación, en el sentido de lo que se extingue. El intercambio lleva al quebranto. La ansiedad por el cálculo constante deviene en una pérdida del control. En cada compra ruinosa ella siente que el entorno se desrealiza y el único vínculo posible empieza a ser una conversación paranoica consigo misma. Desde la perspectiva del sociólogo francés Marcel Mauss, todo intercambio funciona como un don recíproco, un *potlatch*, una red de solidaridades que se van entramando a partir de ese dar y recibir. Pero aquí esa lógica lleva a la desaparición de lo intercambiable, al sacrificio no sólo del rédito sino también del cuerpo que negocia. La economía se torna una economía del deseo de la pérdida. Siguiendo una lectura surrealista podríamos decir que ese flujo se convierte en deseo inconsciente y sexualizado que tiende al extravío. Esto se produce justamente en el escenario de tres fronteras geopolíticas. En esta dimensión inconsciente, la frontera que se cruza es la del propio cuerpo que se extingue en la compraventa.

La frontera y la negociación reaparecen en el video *A somatic play* (2019). La escena incluye a dos agentes aduaneras merodeando por Ciudad de México mientras vigilan un sinnúmero de tráficó legales e informales, conscientes e inconscientes, en una divisoria de territorios que no se percibe con claridad. Caminando entre mercados populares, peluquerías, locales de comida callejera y distintas esquinas, ellas controlan a lxs transeúntes. Crisis de salud mental, revueltas campesinas, carteras Louis Vuitton, fetichismos, “fantasías privatizadas”, ansiolíticos, bonos de deuda, tráfico de jeans, tendencias narcisistas sin declarar, las agentes enumeran todo consecutivamente. También hablan de un grupo de mujeres que venden y compran productos Avon unas a otras hasta generar una energía rotativa de la compraventa. Los productos fueron aumentando su precio y se fueron achicando hasta desaparecer. Los dividendos cayeron en picada, este circuito se consumió a sí mismo. Las funcionarias regulan la economía libidinal, exportan deseo e importan ilegalmente ansiolíticos inundando el mercado negro. La frontera que se trasgrede siempre es la del cuerpo y sus fantasías. Nuevamente: la identidad es un estorbo, lo importante son las interconexiones.

3.

Me encuentro con Liv Schulman en el microcentro, en el distrito financiero de Buenos Aires. Las calles se pueblan de conversaciones de quienes caminan y una

serie de voces parece ser un pulso que lo acompaña todo: cambio, cambio, cambio. Es el sonido de los vendedores de dólar ilegal. La razón de encontrarnos aquí es que planeamos hacer el mismo recorrido urbano que puede verse en su último video, *Un círculo que se fue rodando* (2024). El proyecto empezó a partir de una observación: la gente en esta ciudad se expresa todo el tiempo en la calle. Ponen en palabras lo que les pasa. Hablan de sus estados emocionales, pero también buscan que la otra persona se instale en un ánimo particular. Dan y buscan algo a cambio. Esta reflexión de Liv Shulman es posible gracias a la distancia, ese espacio que se ha abierto desde que vive en París. Los personajes en su película son muchos y están diseminados entre las otras personas regulares que recorren la calle. Son tantos que a veces no queda claro quienes pertenecen a ese universo de la ficción y quienes no. Entre todos conforman una especie de coreografía y banda de sonido de un diálogo continuo que da forma a un pensamiento en voz alta que parece ser de la misma ciudad.

Mientras conversamos, Liv Schulman se detiene frente a distintos edificios. Con la vista parece alcanzarlos. Mientras la veo, se me ocurre hacer unos gestos: con la punta de los dedos recorro los dinteles, las cornisas, las líneas de ventanas y pilares que contemplo a la distancia. Es como tocarlos, se siente bien, lo lejano de algún modo se alcanza. Al acariciarlos así se arman figuras en el aire, dibujos geométricos que se evaporan en segundos. Palparlos de este modo es una caricia, un leve roce en el que se los siente próximos. Hablar también es una caricia entre los labios. No importa lo que se diga. Ese placer que siente Liv Schulman, que siento yo, que siente la gente que conversa mientras pasa, reconforta.

Seguimos caminando por Calle Florida y llegamos a Avenida Corrientes. Vemos los logos de las corporaciones que coronan los rascacielos. Cada uno es una promesa de seguridad, bienestar, diversión, alegría, sorpresa, novedad. La ciudad habla, siempre habla. Podemos dejar que nos conduzca a la emoción que nos promete. En *Un círculo que se fue rodando*, dos oficinistas conversan, y una le dice a la otra que tiene la capacidad de sentir a través de las otras personas; ellas pueden sentir a través de ella y ella puede sentirles sintiéndola a ella. La oficinista dice que cada una tiene una habilidad y una necesidad. Esa mujer, es una más entre cientos de miles que podrían estar en alguna de estas ventanas que Liv Schulman y yo observamos desde afuera. La oficinista podría ser como un espacio de confluencia de toda esta conversación colectiva a la que asistimos. Un punto de reunión de todos los intercambios. El vértice en el que se reúne todo lo que se da, se promete y se exige en la ciudad.

¿Conocés el restaurant alemán? Te va a encantar, dice Liv Schulman. Dejamos nuestro recorrido, accedemos al hall de uno de estos edificios vidriados y subimos al piso veintiuno. Por las ventanas vemos el *skyline* de las torres sobre una mata verde y ocre de árboles que precede al plano marrón continuo que conforma el Río de La Plata. Liv Schulman comenta que solía venir a aquí para escribir el guión del video. Las torres se reflejan unas en las otras hasta confundirnos y perder la medida concreta de sus límites. Desde esta altura la ciudad parece una serie de circuitos, conductos, módulos interconectados. Una estructura blanda y porosa como una tela, una trama de reflejos. Miro al horizonte y pienso: es la infraestructura material de todos nuestros intercambios. El espacio que reúne y

4.

Un personaje vaga por una zona comercial de la ciudad de Buenos Aires, atraviesa mercados callejeros, habla con quien sea, desde vendedores ambulantes hasta perros. Se pone a llorar sobre un afiche pegado en un paredón. Así comienza un episodio de la serie *Control a TV show* (2010-2017). Mientras deambula desarrolla una teoría del mundo, postula el advenimiento de un nuevo colectivismo: el medioevo sigue existiendo en estos días, sólo que nadie lo sabe, querido amigo. En su teoría la individualidad se disuelve en un estar juntxs permanente. Los agentes de la CIA son los nuevos artistas relacionales, sólo que nadie lo sabe. Los taxistas son existencialistas, sólo que nadie lo sabe. Los cuerpos migrantes le corresponden al Estado, sólo que nadie lo sabe. El neoliberalismo sería paradójicamente la aparición de un cuerpo colectivo conformado por los intercambios. Mientras sigue hablando comienza a acariciar todo lo que tiene a mano. Tirado en el piso posa sus dedos por las hendiduras de las baldosas. También toca con los dedos el cabello de una vendedora ambulante mientras continúa con el monólogo. Otro personaje acaricia una revista de moda en una vieja fábrica. Ella dice que el neoliberalismo es la nueva resistencia shamánica, sólo que nadie lo sabe. Lo explica en estos términos: en algún momento alguien inventó un sistema de agenciamientos e intercambios simultáneos que más tarde tomaría la forma de una conversación exacerbada. Vagando por la ciudad aparece la figura de un cuerpo colectivo fantasmal que se hace presente sólo en el murmullo de distintas teorías paranoicas sobre el secreto. El cuerpo es una ilusión mi querido amigo, sólo que nadie lo sabe.

5.

La veo detenida mirando un friso compuesto por grupos de cuerpos arremolinados, superpuestos los unos con los otros. El friso se dispone en distintos cuadros, como una historieta. Con suma atención Liv Schulman se detiene en la superficie demorándose como si pudiera tocarla. Estamos en el Museo de Bellas Artes en Buenos Aires observando las doce tablas de la conquista de México, fue pintada por Miguel González en el siglo XVII. Me llama la atención ese grupo humano que se despliega como si fuese una misma entidad en distintos momentos. Un conjunto en el que se hace difícil distinguir a los personajes centrales. Todxs conforman un gran cuerpo interconectado que da forma a este friso de la historia. Veo a Liv Schulman y pienso en esos cuerpos colectivos que aparecen en sus obras. A mí me parecen organismos que se reúnen por uniones blandas que los mantienen en contacto. Estos lazos son filamentos que los colocan en posiciones yuxtapuestas, siempre incómodas. Los personajes lucen cansados, un poco fuera de sí, mareados. Exponen una especie de conversación colectiva en la que sólo parecen ser intérpretes.

Un grupo de visitantes escucha la explicación sobre la obra de una de las guías

del museo. Puedo imaginarla repitiéndola varias veces al día. Imagino el modo en el que elige las palabras de su explicación, cómo selecciona los gestos y movimientos en la sala. Nos sentamos a mirarla. Liv Schulman me explica que los gestos de sus actores siempre pasan por su propio cuerpo primero. Luego viene la etapa de las propuestas que ellxs hacen, mismas que negocian hasta finalmente cristalizarlas en la pantalla o en la sala de exposiciones. La obra comienza con la investigación, diversos recursos que Liv pone en contacto con los intérpretes y sus cuerpos. Es necesario partir de algo, dice. Usa el método de los escritores: entrevistas, simples conversaciones, archivos, documentos, teorías, técnicas, todo puede ser ensamblado. Lo importante es que estos materiales sirvan de base para luego dejarse llevar. Partir de algo para extraviarse. Una fuente que siempre tiene a la mano es el propio mundo del arte, sus referencias, sus obras emblemáticas, sus lógicas de circulación, sus *statements* y las cosas que no se dicen o se sospechan.

Seguimos deambulando por los corredores del museo. Cansadas, terminamos sentadas en otro banco frente a una pintura de Jorge De la Vega: *Intimidación de un tímido* de 1963. La tela muestra una serie de figuras entrelazadas que generan formas extrañas y dislocadas. Nos llama la atención el uso de las telas plegadas y arrugadas que contorsionan la superficie de la pintura. En un costado se encuentra un personaje replegado sobre sí mismo, los pliegues de la tela son más cerrados. De allí sale otra figura que se encuentra unida por una especie de cordón umbilical. Este último personaje tiene grandes fauces y está pintado con colores estridentes. Un poco desconcentradas nos ponemos a hablar de cualquier cosa. Me sorprende confesándole que antes de transicionar a mí me resultaba muy difícil seducir a las personas. Que era extremadamente tímida al punto de quedarme paralizada. Mi teoría es que el juego de géneros que me tocaba interpretar me hacía sentir siempre inadecuada, depositada en un lugar que me impedía tomar la iniciativa. Cuando pude asumirme por completo como una mujer trans, ese ejercicio de flirtear, de tener amantes, despertó en mí una nueva conciencia. En el juego de la seducción, se despliega la superficie de un espacio elástico que nos envuelve a todxs. La lógica del intercambio sexual nos reúne en un espacio blando de pliegues y yuxtaposiciones. Liv Schulman me escucha y responde que para ella también es así, el intercambio siempre es autoconocimiento. Aunque los resultados de esa indagación nos duelan. Tal vez antes no podías jugar ese juego porque no habías armado tu propio escenario. Repite: es muy importante montar tu escenario. Una vez que te colocás en ese lugar, tu cuerpo encuentra sus gestos, sus palabras y puede disponer de las cosas de un modo que le resulta más posible, eficaz. Lo importante no es la identidad de esos cuerpos, es su localización, su lugar táctico.

6.

Seis mujeres reunidas en torno a una mesa. No queda claro si están en una junta de trabajo o forman parte de Narcóticos Anónimos. Cada una de ellas cuenta su vida: viajes, estudios, fechas significativas, exilios, amistades, amantes, parejas, exhibiciones, tendencias artísticas, teorías estéticas, manifiestos e interpretaciones. Lo hacen en distintos idiomas. A veces conversan apaciblemente, otras discuten, se enojan, pierden el control, explotan, entran en

episodios de paroxismo o revelación. En la obra *Le Gouvernement* (2019), estas seis mujeres representan una investigación de archivo sobre artistas que a menudo han quedado marginados en la historia del arte. Se trata de artistas mujeres, lesbianas, queer, trans o que rechazaron la identidad de género que se les asignó. Todxs estuvieron en actividad en París entre 1920 y 1970. La investigación sobre este trabajo partió de la indagación que hizo Liv Schulman sobre el fondo documental Marc Vaux perteneciente a la Biblioteca Kandinsky. Allí pudo dar con más de 130.000 placas que testimonian la vida artística en Montparnasse, ese distrito de París, en aquellas cinco décadas. Estas imágenes recuperan obras destruidas, perdidas u olvidadas, talleres de los que antes no se había tenido un registro, exposiciones que se desconocían.

Podríamos decir que esta obra se pone en escena una especie de anti-museo, un lugar en el que mediante susurros, gritos, confesiones o argumentos se representan voces que no han sido preservadas del deterioro del tiempo. La pesquisa de Liv Schulman abarca casi sesenta artistas, pero no asigna a cada una de las *performers* identidades fijas para representar. Marie Vassilieff, Claude Cahun o Elsa von Freytag-Loringhoven, por ejemplo, pueden asumir los cuerpos de diferentes actrices o de una misma a la vez. Sus voces se desdoblan o yuxtaponen. No se trata tanto de personificarlas como quien desarrolla un personaje sino de dar cuerpo a ese friso de la historia compuesto por todas estas figuras entrelazadas. Así se despliega una especie de revisionismo paranoico en el que las teorías se contraponen unas a otras, las biografías se vuelven a interpretar mil veces a través del discurso. El documento histórico se combina con la ficción, las crónicas de distintas épocas pasadas se mezclan con referencias de la contemporaneidad. Es como si las actrices encarnaran algo así como un cuerpo de obra, llevan impresas en sus ropas algunas de las imágenes del archivo, muestran fotografías que sacan de folios o que están directamente impresas en su piel. Son personas, son objetos parlantes, documentos que discuten entre sí, un conjunto abierto a las múltiples lecturas donde la identidad de cada biografía se confunde hasta hacerse indiscernible. Una vez más: la identidad es un estorbo, lo importante son las interconexiones, las nuevas lecturas.

7.

La línea de un horizonte marrón, el Río de la Plata es tan ancho como el mar. Entre el agua y nosotras, una costa de piedras y barro. Mirando más de cerca, la piedras son pedazos de adoquín, fragmentos de muros de ladrillos, formas caprichosas de cemento y canto rodado. Esta playa es un viejo basural aún en descomposición. Un olor intenso nos corta la respiración, viene de cientos de peces muertos, estripados, entre las piedras y la tierra. Esta ciudad crece sobre sus restos, así va ganando superficie al río. En la distancia nos acompañan los edificios que habíamos contemplado en nuestra primera salida. Las torres espejadas se reflejan las unas a las otras, algunos de los logos de las empresas se aprecian en la lejanía. En este terreno el desarrollo inmobiliario construyó una nueva ciudad de edificios corporativos y departamentos de alquiler temporario. A la voracidad del mundo de los bienes raíces se le impuso un módico coto en el que ahora crecen plumerillos, arbustos achaparrados y otras hierbas. El río fue

arrastrando por miles de kilómetros las semillas que germinaron aquí. En esta franja verde nos situamos viendo desde lejos el río y la ciudad. Este terreno insólito, espacio fronterizo, nos permite contemplar con mayor claridad los sedimentos de distintas épocas que quedaban en evidencia como los anillos del tronco de un árbol cortado.

Mientras hablábamos, mirando el horizonte marrón del río, volvió a mí la imagen de un cuerpo extraño y desmesurado que se cierne sobre todo el paisaje. Se me hizo presente su figura que se nutre de sus propios excrementos, como plegado sobre el trayecto que va de la boca al ano. Alimentándose de sus desechos va creciendo cada vez más hasta ocuparlo todo. Este cuerpo ya no precisa caminar ni tomar cosas con las manos. Va perdiendo su forma, su único movimiento es el crecimiento. En su desarrollo fractura las divisiones que organizan nuestra vida: el sueño y la vigilia, el trabajo y el ocio, el alimento y la mierda, las vísceras y la piel. Su sexo es sólo una superficie, ya no importa si es cóncava o convexa, está diseñada para estar en contacto.

8.

Caminamos de regreso a la ciudad, hablando de cualquier cosa. Otra vez, vuelvo a contarle sobre mis vicisitudes amorosas. Le digo que estaba pensando en viajar a Berlín para visitar a Johanna. La chica trans alemana con ese suave modo de hablar y la transparencia de su pelo rubio sobre el verde de sus ojos. Me explayo sobre los conflictos con mi propio cuerpo y la posibilidad de ver en ella el reflejo de mí misma. También menciono mi idea de cambiar los honorarios por un pasaje a Berlín. Liv Schulman sugiere que ella podría pedir a la fundación transferir el dinero a su cuenta en Europa y comprar el pasaje. Le agradezco la oferta, siento que estamos intercambiando. Mi interés por escribir lo mejor posible este texto se vería recompensado por esta gestión. ¿Nos estamos haciendo amigas? Juntas hemos establecido otras solidaridades que se encuentran más allá del límite de los encargos institucionales.

Una vez que dejo a Liv Schulman en su parada de autobús, sigo caminando y meditando sobre lo que ha significado esta experiencia para mí. Me pregunto qué he ganado yo con todo esto. Tengo la percepción de que algunas experiencias nos unen. En mi mente aparece la figura de alguien que se vio obligada a entregarse a un sendero nómada, a veces solitario. En su huida, dejó atrás las cosas que le resultaron más próximas, cosas tan diversas como aprender a reconocer las intenciones ocultas de las frases más familiares o el modo en que se disfruta de las comidas, o entretenimientos que nos enseñaron en la infancia. Dejando todo esto atrás, empezó a hacer otras conexiones, otras traducciones. Lo que antes resultaba natural, o evidente, empezó a perder sentido. Mientras vagaba, ensayó una teoría general del mundo: ¿cómo se vinculan la economía y el sexo, la palabra y el goce, lo ilegal y la fantasía, la ciudad y el cuerpo, las vísceras y la piel? Y hablando en voz alta, sumida en mil disquisiciones al respecto, ya fatigada, de pronto percibió el roce de sus labios, la lengua, el paladar y los dientes al pronunciar estas frases. Hizo consciente el ritmo de su propia respiración. Miró el entorno que la rodeaba y pareció poder acariciarlo con sus

ojos. Se instaló en cierto placer del aquí y ahora, encontró un amparo en esa vibración de sus palabras. Esta percepción le hizo desconfiar de sus límites, fue más allá de lo que pudo imaginar. La asaltó la impresión de que puede sentir lo que sienten lxs demás, ser un pliegue dentro de un entramado donde su cuerpo es una forma más dentro de un paisaje tan amplio cuyos límites se pierden en el horizonte.

Textwork

Published in November 2024

 Fondation
d'entreprise
Pernod
Ricard

 MINISTÈRE
DE LA CULTURE
*Liberté
Égalité
Fraternité*

Textwork
Editorial Platform Fondation Pernod Ricard